

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 252 El Hijo de Dios es mi identidad.

Comentario de Sarah:

He aquí un par de comentarios más sobre nuestra lectura en la sección “¿Qué es el pecado?” (L.PII.Q4) Jesús dice que, aunque nos tomamos en serio nuestra vida en este mundo y todos los acontecimientos que la rodean, no deja de ser un juego infantil. Estamos jugando a ser “**un cuerpo que es presa de la maldad y de la culpabilidad, y a que su corta vida acaba en la muerte.**” (L.PII.Q4.4.3) Llama a esto un juego tonto jugado por el Hijo de Dios, que ha olvidado lo que es y ahora cree que es un cuerpo. Sin embargo, lo que llamamos vida en la tierra no es más que el sueño de un loco. En el sueño, en efecto, estamos asustados. Cuando pensamos que somos un personaje en el sueño, sobre el que actúan fuerzas fuera de nuestro control, experimentamos miedo. Cuando comprendemos que somos nosotros los que soñamos el sueño, entonces está en nuestro poder despertar. Nos tomamos nuestra vida y la creencia en la muerte muy en serio. Pero por mucho que estemos invertidos en el sueño, no tenemos el poder de cambiar lo que somos como seres eternos. En el mundo de la percepción no tenemos certeza de nada.

“**Mientras tanto, su Padre ha seguido derramando Su luz sobre él y amándolo con un Amor eterno que sus pretensiones no pueden alterar en absoluto.**” (L.PII.Q4.4.4) No podemos cambiar nuestra realidad por mucho que creamos haberlo hecho. Dios nos ha asegurado que seguimos siendo Su Hijo, perfecto en todos los sentidos. En eso consiste el Principio de Expiación. Solo nos hemos vuelto inconscientes del amor enterrado en la mente y creemos que somos indignos de él. Hemos jugado el juego del pecado por tanto tiempo que hemos olvidado que es un juego. Jesús dice que podemos reírnos de esa tontería. El juego del pecado nos hace sentir que no podemos volver a casa, como se refleja en la historia del Hijo Pródigo. Tenía miedo de volver a su casa, temiendo el castigo de su padre por lo que había hecho. Sin embargo, su padre lo recibió con gran amor y celebró su regreso a casa.

Nuestros sentidos nos mantienen centrados externamente en las personas y los acontecimientos de este mundo, que tomamos en serio, pero nuestros ojos estaban destinados a engañar. “**La razón te diría que es imposible que el mundo que ves a través de ojos que no son los tuyos tenga sentido para ti. ¿A quién le devolvería sus mensajes esta forma de ver? Ciertamente no a ti, cuya visión es totalmente independiente de los ojos que contemplan al mundo.**” (T.22.I.2.3-5) (ACIM OE T.22.II.6) Puede parecer bastante sorprendente que se nos diga que no necesitamos los ojos para ver. Me hace pensar en los informes de las experiencias extracorporales en las que uno está por encima del cuerpo y lo observa. ¿Quién y qué observa? Los globos oculares todavía están en el cuerpo, aún así el acto de ver sucede. Claramente, este tipo de ver no requiere los ojos del cuerpo, y el ver del que habla Jesús es ver con la mente de Cristo, que es ver con la visión.

“El cerebro interpreta para el cuerpo del que forma parte. Pero tú no puedes comprender lo que dice. Sin embargo, lo has escuchado. Y te has esforzado durante mucho tiempo por entender sus mensajes.” (T.22.I.2.9) (ACIM OE T.22.II.6) Sin embargo, no podemos entender nada de ello y nos confundimos con la información procesada por el cerebro. Hemos llegado a creer que la vida es nuestra experiencia como cuerpo. Nos basamos en lo que nos dicen nuestros sentidos y en lo que interpreta nuestro cerebro. Sin embargo, nada de esto es verdad. No podemos entender nuestra vida. Ponemos mucha energía en tratar de entender, pero es precisamente esta mente que cree que sabe la que debe rendirse. Cuando creemos que sabemos y entendemos algo, no estamos dispuestos a escuchar el mensaje que trae Jesús. Hay mucha resistencia y los cambios que hacemos parecen desorientadores porque lo que antes nos parecía sólido y real está siendo deshecho. Ya no podemos aferrarnos a nada de lo que creíamos entender. Jesús reconoce que la transición de nuestro mundo de la ilusión al mundo real puede crear una confusión considerable. **“Durante la transición hay un período de confusión, en el que es posible experimentar una sensación muy real de desorientación.”** (T.16.VI.7.4) (ACIM OE T.16.VII.64) Sin embargo, Jesús continúa asegurando: **“El período de desorientación, que precede a la transición en sí, es mucho más corto que el tiempo que tardaste en fijar tu mente tan firmemente en las ilusiones.”** (T.16.VI.8.5) (ACIM OE T.16.VII.65) En otras palabras, se necesitó mucho más tiempo, quizás miles de vidas, para entrar en el sueño, pero el despertar puede ocurrir en un momento.

En la Lección de hoy, leemos: **“La santidad de mi Ser trasciende todos los pensamientos de santidad que pueda concebir ahora.”** (L.252.1.1) En otras palabras, no podemos ni siquiera imaginar nuestra grandeza y nuestra magnificencia. Nuestros hermanos y hermanas son igualmente magníficos más allá de las máscaras que llevan. Simplemente no podemos ver la verdad sobre nadie, incluidos nosotros mismos, porque tomamos la información con nuestros sentidos y por lo tanto no vemos con nuestros ojos santos, que sólo ven la inocencia. En la Lección 161, se nos dice que si realmente pudiéramos reconocer la verdad en cualquier persona a la que hayamos perdonado, **“apenas podríamos contener el impulso de arrodillarnos a sus pies.”** (W.161.9.3)

Las palabras de esta Lección son extremadamente potentes cuando somos receptivos a ellas. Jesús describe lo que somos como un resplandor, una pureza perfecta y más brillante que cualquier luz que hayamos contemplado. **“Su amor es ilimitado, y su intensidad es tal que abarca dentro de sí todas las cosas en la calma de una queda certeza.”** (L.252.1.3) Parece que este Ser debe estar **“más allá de este mundo”** (L.252.1.5) y, por lo tanto, no está fácilmente disponible para nosotros, pero el recuerdo de lo que somos está muy cerca de nosotros porque está en nuestras mentes rectas. ¿Cuánto deseamos que esto se revele? ¿Hasta qué punto es fuerte nuestro deseo de conocer el Ser? ¿Cuánto deseamos despertar?

Los impulsos ardientes que provienen de nuestras pasiones físicas o emocionales nos parecen una fortaleza porque parecen ser fuerzas que permiten que las cosas sucedan en el mundo. Sin embargo, ni siquiera pueden compararse con el ilimitado Amor de Dios, según esta Lección. Cuando estamos extremadamente enojados, muy enamorados, o sentimos fuertes pasiones y deseos, sentimos el poder de estos impulsos ardientes. Sin embargo, no son nada comparados con el poder del Amor de Dios, que es tranquilo, ilimitado, seguro y calmado. Es un poder diferente. Hasta que no experimentemos este poder, las palabras sólo pueden señalarlo.

“Padre, Tú conoces mi verdadera Identidad. Revélamela ahora a mí que soy Tu Hijo, para que pueda despertar a la verdad en Ti, y saber que se me ha restituido el Cielo.” (L.252.2) De hecho, sólo con el deseo y la disposición se revela la verdad sobre nosotros mismos.

Contamos con un poderoso apoyo en este viaje, pero somos nosotros los encargados del proceso. La oración simplemente afirma nuestro deseo de que se nos revele nuestra Identidad. Se revela a medida que nos centramos en la observación de la mente, asumiendo la responsabilidad de nuestros pensamientos, y emprendiendo nuestra función de perdón, que levanta el velo que oculta el rostro de Cristo.

Cuando soy algo menos que amoroso con alguien, puedo pedir Su ayuda para liberar mis percepciones erróneas y así poder conocer lo que soy tal como fui creado. El Espíritu Santo no está fuera de mi propia mente, así que Su ayuda siempre está ahí en la mente. Cuando experimento sentimientos de indignidad, puedo recordarme a mí mismo que estos sentimientos no son la verdad. Cuando nuestra experiencia es una que se siente desafiante para nuestra paz mental, se nos recuerda que cuando el ego llora por lo que ha perdido, el Espíritu se regocija por lo que ha encontrado. Entregarse a la lástima por uno mismo es quedarse en la historia, declarando nuestro carácter de víctimas. Cada pensamiento que tenemos que contradice la verdad sobre nosotros mismos debe ser observado y liberado si queremos conocer el Ser. Debemos ver el sinsentido de estos pensamientos. Vale la pena el esfuerzo y la vigilancia que esto requiere. No hemos cambiado lo que somos en verdad. Simplemente nos engañamos pensando que somos algo que no somos. Como nos recuerda Jesús: **“No obstante, nada que él pueda hacer puede compararse en lo más mínimo con la gloriosa sorpresa de recordar Quién es.”** (Manual para el Maestro.25.1.5)

No hay dos yoes en conflicto. Somos el Hijo Único de Dios y nada más. No se trata de tener un Yo superior y un yo inferior porque el yo con el que nos identificamos en este mundo no es real. Estamos con Dios y no en absoluto donde nos ubicamos a nosotros mismos. Nuestro estado actual es ilusorio. Es la ilusión de que somos seres humanos viviendo en un mundo real. Hasta que despertemos del sueño, la verdad no será completamente restaurada a nuestra conciencia. Nuestros pensamientos limitados y sin sentido nos mantienen atados a esta realidad. Nuestra creencia en nuestras necesidades, carencias, defectos, culpa, vergüenza, miedo y muerte nos mantienen atados aquí. Tenemos un terrible caso de amnesia. Sólo en la medida en que estemos dispuestos a llevar todos nuestros pensamientos sin sentido a la Verdad, conoceremos el Ser que somos. Así, nuestros sueños de culpa, odio, depresión, frustración y especialismo son reemplazados por sueños felices, que culminan en el mundo real.

Hoy, reza con verdadero deseo y voluntad de despertar a la verdad de lo que somos. Fíjate en lo mucho que quiere Jesús nuestra felicidad cuando dice: **“¿Hasta cuándo, Hijo de Dios, vas a seguir jugando el juego del pecado? ¿No es hora ya de abandonar esos juegos peligrosos? ¿Cuándo vas a estar listo para regresar a tu hogar? ¿Hoy quizá?”** (L.PII.Q4.5.1-4) ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no despertar al mundo feliz que Jesús quiere para nosotros? ¿Qué nos mantiene en este estado de sueño, cuando lo único que tenemos que hacer es perdonar a nuestro hermano, en lugar de demorar el Cielo aferrándonos a nuestros juicios y resentimientos? Mantenemos la creencia en el pecado real culpando a nuestros hermanos de nuestra condición. **“¿Hasta cuándo, santo Hijo de Dios, vas a seguir demorándote, hasta cuándo?”** (L.PII.Q4.5.8)

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca